

Secretos de un purgatorio.

Luisfe



Capítulo 1

Dedicado a mi abuelo que evitó que me cortaran las alas. Sean blancas o negras, sirven igual para volar.-

Capítulo 2

El viaje.

El tren que iba a la isla aun no llegaba, ya eran las siete de la tarde y María esperaba impaciente por abordarlo. Con su cigarrillo en mano le daba bocanadas de vez en cuando dejando un círculo rojo carmesí en el filtro de este. El humo se veía espectral en aquel ambiente frío haciendo parecer que todas las personas estuvieran fumando a medida que respiraban.

Por motivos de estudio se dirigía a una pequeña isla situada cerca de Chiloé, en las costas sur de Chile. Cursaba tercer año de Fotografía y la habían encomendado a un sitio rural, donde la mayoría de las personas andaban descalzas y con ropas desahuciadas o al menos eso había investigado.

De lo ínfimo que había leído ya que había poca y nada de información, los habitantes se abrigan con pieles de sus propios animales. Comían y bebían lo que les brindaba su naturaleza. No tenían electricidad, ni mucho menos señal telefónica. Por una desconocida razón no estaba afiliada al gobierno del País y tenían que subsistir por cuenta de ellos mismos. Por lo que estaría aislada mientras permaneciera allí, precisamente dos meses.

Le emocionaba en cierta forma ir hacia aquel lugar. Del que nadie habla, del que nadie sabe. Le interesa ser la primera persona en tomar fotografías hacia aquellas personas, aquella fauna y vegetación.

Se le revolvió el estómago. La noche previa le habían realizado sus amigos una despedida y bebieron como si fuera acabarse el mundo. –Por la fotógrafa más talentosa de la generación- Vociferaban reiteradamente tomando cortos de tequila por cada ¡Salud!. María tenía un don innato para la fotografía, pareciera que con todas las capturas realizadas independientemente del artefacto utilizado, capturaba la esencia de la vida. Sus profesores quedaron fascinados con ella desde el primer año cursado y fue por ellos que ahora mismo viajará hacia lo desconocido.

Le asustaba la soledad en cierta parte. En la ciudad ella se alberga con un par de compañeros en un pequeño departamento y por fuera, la fraternidad de los estudiantes nunca la hacían sentir sola. Su familia vivía al norte de su ciudad y el vínculo que tenían era quebradizo como una capa de hielo, en la que cualquier acto brusco o una actitud indeseada podrían romperlo para siempre. Por eso María opto por estudiar lejos de

su origen, sin embargo la imagen de su madre aparecía todos los días al despertar. Podía ser cálida como un rojizo sol o gris como un día nublado. Habían días en que extrañaba su madre desmedidamente y las ganas de llamarla llegaba a rebalsar incluso el poso de su orgullo, pero este aumentaba su tamaño rápidamente y con el alma llorando en el vientre del estómago se aguantaba las ganas continuando su vida.

Este era uno de esos días. Había soñado con su madre toda la noche. En su sueño ella la sostenía en sus brazos y le cantaba para espantar las malas presencias que tanto la atormentaron cuando era pequeña. Sombras negras y difusas que la acosaron durante toda su niñez y que su madre le protegía con aquella voz celestial.

El cigarro se había terminado y noto que tenía la otra mano junto su celular. Quería llamarla, decirle hacia donde iba y como se sentía al respecto, lo realizada que estaba. Quería saber de ella pero de no su padre malnacido. Quería traerla consigo y abrassarla y besarla como cuando era pequeña. No pudo evitar que se desprendieran gotas de lágrimas en sus ojos de cristal. <<Madre, como te extraño>>.

De pronto se escuchó a lo lejos un ruido pesado e intermitente. Vio que a su izquierda y entre los árboles se acercaba cimbreado el humo desprendido de un tren. De lejos lo vio viejo y desproporcionado para los rieles que sostenía, trayendo en su cola una larga hilera de vagones negros como la noche.

Cuando se detuvo emitió un sonoro estruendo que inundó la estación horrorizando a María. Cerró sus ojos con las manos apretadas y cuando los abrió vio a la demás personas continuar como si no hubiera pasado nada.

Prendió otro cigarrillo y se acercó al riel. El gran ferrocarril abrió sus puertas y solo una persona descendió de aquel. Un hombre pálido de cara alargada que parecía tener los ojos desorbitados bajó mirando siempre hacia su frente. Lentamente descendió la escalera y se posó un momento delante de la puerta del tren.

Determinada se dirigió hacia aquel señor y antes de evocar alguna palabra, este le interrumpió. - Muy puntual señorita María Barahona- La chica se quedó petrificada. <<Como sabe mi nombre>> Se preguntó asustada, rebuscando en su memoria. No podía hablar, la inundaba el pánico y un leve temblor corrugaba su labio inferior. Iba a sacar su boleto cuando la volvió a interrumpir el maquinista. -No es necesario- Bufó. -Todos conocemos a la fotógrafa seleccionada, vaya y tome asiento. ¿Su

vagón? El 33.- Dijo apuntando con su mano.

Mientras caminaba no podía dejar de preguntarse quienes eran todos. <<Todos conocemos la fotografía seleccionada. Además sabe mi nombre. ¿Por qué?>>. No pudo evitar de preguntarse aquellas interrogantes hasta que llegó a su vagón, el último.

Boto la cola del cigarrillo y cuando se adentró le pareció retroceder en el tiempo. Negro el tren por dentro permanecía iluminado solo por las ventanas que dejaban entrar los blanquecinos rayos del sol. Las paredes estaban repletas de cuadros, conteniendo excelentes dibujos que retrataban paisajes de una isla. Se veían grandes plantas en medio de un bosque y costas pedregosas con grandes olas en su fondo. Vio dibujado un humedal tan perfectamente, que el moho difuminado pareciera salir del cuadro. En el techo unos faroles negros permanecían dentro de un cubo de cristal.

De pronto el miedo se esfumó y en su lugar quiso tomar fotografías sacando su cámara rápidamente de un bolso pequeño se puso a tomar fotos de cada cuadro colgado. Luego se puso en la entrada y tomó una que enfocaba la profundidad del vagón donde se veían todos los decoros que tanto la maravillaron, se podía ver la imagen como un gran pasillo antiguo atravesado por grandes destellos luminosos en sus bordes.

Así estuvo un buen momento ensimismada hasta que casi se tropieza con su equipaje. Mientras subía la pesada maleta hacia una silla sintió bajo ella el movimiento del tren. <<Que rápido ha partido >> Pensó mientras se sentaba en un incómodo asiento de fierro, duro y frío.

Volvió a ver su celular y observó que las líneas de señal se iban desvaneciendo progresivamente. <<Pero si no llevamos ni quince minutos >>. Estaba perdida en el limbo de su mente. <<Puede ser la última vez>> reflexionó. <<Puede que no vuelva a escuchar su voz>> Se imaginaba su rostro, la sonrisa que tanto le obsequiaba. El poso se rebalsó y María después de cuatro años llamó a su casa.

El teléfono sonaba y no obtenía respuesta. Marcó por segunda vez y nada. Quedaba una sola línea de señal y aun no contestaban. María se estaba desesperando. Lo intentó de nuevo y luego de unos segundos una voz despacito se introdujo en su oído. Sin poder contenerse, rompió en llanto apenas escucharla. –Madre- Dijo ahogando un grito –Soy yo, tu hija. María>>. Se escuchó un sollozo en la otra parte del teléfono. –Vida mía- Expreso su madre –Has vuelto a mí-. De un momento se le escucho alegre y eso fue todo. Se hubo cortado la llamada.

Al ver el celular, no se vio ninguna línea de señal en su celular. -¡No!- Grito sin disimulo. Marcaba y marcaba pero no entraba la llamada. Era

demasiado tarde.

...

El sol se estaba poniendo en la costa, y el agua y la arena se tornaban rojizas. Aun permanecía llorando. No tanto como lo había sido pero el dolor en su alma le corroía en su estómago y garganta, debido a su lucha contra el orgullo, vencerlo y que sea demasiado tarde para su merecido premio. Estaba arrepentida.

Veía cómo iba bajando el sol detrás del límite del mundo, como desaparecía sin tocar el mar. Al igual que un hipnotizador, cuando la gigante bola rojiza se escondió del todo, María al instante se quedó dormida.

...

Cuando hubo despertado, la luz plateada de la luna se colaba por las ventanas. Permaneciendo sobre el mar, la línea férrea atravesaba el gigante océano y en ambos extremos se pudo ver aguas apaciguas, destellando y reflejando aquella luna llena. María quiso sorprenderse, pero de alguna forma no lo logro.

De pronto se sintió sola. Lo encerrado le sofocaba y abrió un poco la ventana por su parte superior. El aire entro frio y salado y el aroma a mar se le impregnaba en la nariz. Un difuso recuerdo le atravesó su mente. Se acordó de las vacaciones familiares en su infancia y numerosas fogatas realizadas en un borde costero. Pareció oler el aroma a alcohol, ese que tanto hedía en su padre. Ese que expelía cada vez que se emborrachaba. Cada vez cuando pequeña que olfateaba ese olor, sabía que el idiota cometería una estupidez o peor aún, una locura. Sacó de si ese pensamiento y enfocó su mirada en las montañas iluminadas. Muy lejos se podía ver la cordillera. La luna parecía jugar al escondite con ella, viéndose un techo estrellado cada vez que esta se escondía traviesamente detrás un cerro, llevándose consigo aquella luz nívea.

Hubo un momento donde se ocultó por tanto tiempo que el tren se tornó completamente en penumbras, el miedo volvió a acechar a María que no quería ver el fondo de la oscura locomotora y mantenía constante su vista en el cielo cargado de titilantes astros. <<Iré a dar una recorrido. Quizás pueda charlar con alguien y me hable un poco más sobre la isla >> concluyó levantándose de su asiento. Al pararse un dolor opresivo se localizó en su espalda y se percató que no había visto la hora desde antes de subirse al tren. <<Las 01:23. Sí que he dormido>> concluyo y abrió la puerta metálica.

La luna se ocultó completamente y María sintió la zona externa repleta de ventiscas producidas por la velocidad del tren. No sabía si podía estar allí,

pero eso no le importaba, la puerta se había abierto sin prevención alguna. Su rojizo cabello se arremolinaba y comenzó a temblar inmediatamente. Cruzó media a ciegas el intervalo que separaba los dos vagones e intentó abrir la siguiente puerta. Estaba forzada.

Vio que la luna estaba emergiendo completamente desde un cerro coronado de nieve y cuando miró hacia el suelo notó que por debajo de las líneas que sostenían el tren, el océano inmenso permanecía reposando. Sorprendida, se sostuvo rápida y opresivamente a la manilla de la puerta. <<Imposible>> pensó adhiriéndose fuertemente a ella, inclusive su cabeza se pegaba al tren íntimamente, y podía sentir el vibrar de los rieles.

Paso un momento quieta en aquella postura cuando de pronto el sonido del tren se dejó de escuchar. Por un segundo le pareció haberse vuelto sorda, pero después de un rato sin escuchar nada, se oyeron pasos lejanos en el interior de la puerta, unos pasos lentos pero pronunciados. No eran ásperos como pies calzados, si no claros como chapoteos en el agua, escuchándose fuerte cada vez más. El corazón de María latía como el de un colibrí asustado y sintió que cualquier espanto la podía hacer desfallecer. Cuando el último paso hubo sido pisado, un estruendoso golpe en la puerta hizo que esta se abriera hacia dentro impulsivamente, María dio un fuerte grito que al terminar de emitirlo el traqueteo del tren se siguió escuchando.

Dentro del otro riel notó que no había nadie, todo le era muy confuso y tuvo el pensamiento de estar dentro de un sueño, de uno muy extraño. Había entrado muy despacio dentro del carro y vio que estaba iluminado con una danzante luz ígnea proveniente de las velas acomodadas en faroles negros. La puerta se cerró de pronto tras ella exaltando a María.

Allí al igual que el otro vehículo se encontraban cuadros, esparcidos por toda la pared. Estos contenían retratos dibujados de personas completamente desnudas, ella enfocó su mirada en uno específico.

Se veían hombres y mujeres adultos donde el miedo incluso se podía sentir a través del dibujo, todos los individuos estaban mirando hacia el piso. Este era gris ceniza, y se veía blando al ser pisado. En ambos extremos de la multitud de personas se observaba hombres vestidos con batas blancas, guantes y se podía observar en su mirada, por encima de las manchadas mascarillas, una expresión de satisfacción. Una sensación muy opuesta la gente que tenían en el medio.

Notó que el lugar establecido estaba a una gran altura, un precipicio posiblemente. Por muy debajo de aquel, se veía un vasto mar donde se observaba a lo lejano una línea muy oscura que atravesaba todo este, hasta perderse detrás del acantilado. <<El riel>> pensó extrañada y de pronto se horrorizó súbitamente. <<Allí es donde me dirijo >> se percató

y el corazón se le aceleró intensamente.

Se había dado cuenta de que ya no quería ir.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se comenzó a arrepentir de haber aceptado aquella propuesta, viendo apenas un cuadro, imaginando lo que pasaría cuando viera con sus propios ojos lo que le deparaba en aquel lugar. <<Debí de haberme informado mejor>> concluyó sintiéndose incómodamente estúpida. <<Pero no había más información...>>

Rápidamente comenzó a recorrer el tren para encontrar desesperada la voz de alguna persona. No tuvo problemas en abrir los cinco vagones siguientes, pero sí con encontrar el rastro de alguien. En el sexto vagón la puerta se encontraba trancada, siendo imposible continuar el recorrido.

Angustiada caminó de vuelta a su riel, de boca en boca en aquella maquinaria fantasma. Cuando llegó las velas estaban encendidas y el aire frío inundaba el ambiente. << ¿Quién enciende las velas?>> se preguntó incomoda dirigiéndose a su asiento. El tren aumentó su velocidad y el cielo de a poco se comenzó a nublar, con oscuros y densos nubarrones. La luna despacio se perdía en el camino y las estrellas se escondieron detrás del ausente cielo. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, inundando los vidrios del tren con pequeñas partículas líquidas. El viento comenzó a murmurar agudamente por el agujero de la ventana y acompañaban en su murmullo múltiples gotas que mojaban a María y todas sus pertenencias, ella molesta cerró fuerte la parte superior.

Un repiqueteo constante se mantuvo en la atmósfera del tren, y este, si no fuera por aquellos farolitos encendidos, se mantendría a oscuras hasta donde llegara la vista. Ella no sabía cuánto faltaba por llegar aun y ya sentía que su alma lloraba a gritos.

Capítulo 3

Mal venida.

Antes de quedarse dormida la noche anterior las ganas de ir a orinar le eran insoportables, aun así no se despegaba de la metálica silla, por lo que recurrió a aquella técnica que tanto había practicado cuando pequeña.

María tenía la facilidad de que si permaneciera lo suficientemente concentrada o desesperada, optaba por cerrar sus ojos y vaporizaba su mente, durmiéndose para pasar desapercibida en aquel mundo, que a momentos pasaba a ser grotesco y cruel.

En sus sueños estaba inquieta, igual que la noche anterior. Soñaba con las personas del cuadro, imaginándose a ella como una más y permaneciendo dentro de aquella multitud de cuerpos desnudos y asustados, que hedían como bovinos hacia el matadero. Todos miraban hacia el frente, donde estaban los retratistas, se trataban de tapar su sexo y producían un sincronizado murmullo. De pronto, miró hacia atrás. Un tren serpenteaba en el comienzo del mundo y estaba llegando a una gran velocidad. Atravesaba el océano con aquella cola negra pareciendo un cometa perforando el mar, y pareciera no haber nada en el mundo que pudiera detenerlo.

María se acercaba para verlo mejor cada vez más, sin fijarse en el suelo daba cortos pasos y nadie parecía darse cuenta. Entonces siguió caminando y cuando no hubo sentido nada bajo ella, como si hubiera un suelo invisible, siguió pisando. Sentía que con la caída su pútrido corazón volvería a la vida.

Cayendo en el vacío, se sintió libre y sin temores y sus comisuras le regalaron involuntariamente una sonrisa. Sentía que por fin se escapaba de todo, pero no sabía de qué. Antes de caer al montón de piedras que se hallaban bajo ella un gran estruendo la despertó y somnolienta se percató de que la maquinaria se había detenido. Había llegado por fin a la isla.

La puerta de su vagón se hallaba abierta viéndose por fuera de ella un antiguo paradero. Dos asientos de madera permanecían bajo un pequeño techo de calaminas que estaba roto y degradado por el paso del tiempo.

Entrando en sí de a poco fue tomando sus pertenencias dirigiéndose hacia afuera del vehículo. Fuera de él, el lugar estaba atestado de árboles por

su alrededor. Todos eran muy variados pero con un patrón en común, tenían sus hojas rojizas tomando el color de la estación. No hacía frío, sin embargo estaba nublado y de vez en cuando gotas solitarias caían al suelo enterrado. No veía a nadie, ni siquiera al maquinista del tren.

Las puertas de todos los vagones, menos del que iba ella permanecían cerradas y en las cercanías del paradero no parecía hallarse baño alguno. A esas horas de la mañana, la necesidad de orinar se volvía sumamente molesta y dolorosa.

Incomoda, con el pesado bolso colgando cerca de su cintura, se adentró al bosque para buscar un sitio para poder liberarse de aquella presión en su vejiga, no podía creer el ritmo de los sucesos, se hallaba completamente desconcertada.

La vegetación era extensa y frondosa. El aroma del bosque perfumaba su camino, sobre todo los empinados eucaliptos, que desprendían en su tronco, ramas quebradizas. Al continuar caminando por unos cinco minutos, los matorrales ya le llegaban por la cintura, y el zumbido de un montón de insectos vibraba en sus oídos.

Se detuvo en un claro, donde no había grandes matas y un montón de árboles con gruesos troncos estaban esparcidos aquí y allá. Desde allí ya no se veía el paradero y ella suponía que tampoco se veía desde ese lugar.

Detrás de un árbol, colocando la maleta frente a ella, para tapar en el caso de toparse con alguien, orinó, sintiéndose un alivio recorrer todo su cuerpo. Estuvo allí sentada por un momento, cuando escuchó a lo lejano pasos acompañado de voces.

María rápidamente se comenzó a vestir y tomando la maleta como si pesara igual que una pluma y se ocultó detrás del ancho tronco que tenía en su espalda. Un súbito terror le abrasó la espalda, manteniéndose temblando allí, hasta que escuchó hombres hablando.

-¡Como te digo, Rafa! Para lo único que sirve esta desgraciada es para darle de comer a los gusanos. Lo que le pase desde ahora, a nadie le importa ya, ni siquiera al maldito loquero.- Dijo uno en un alto vozarrón despectivo. -No lo sé Paul. Puede que estemos en la mierda del mundo, y que las únicas mujeres que habitan la isla estén más locas que una cabra, pero de ahí a follarlas ¡Es una locura!- Dijo el otro, su voz pausada estaba interrumpida por tartamudeos y denotaba inseguridad.

Lentamente Mari comenzó a bordear el tronco, para poder verlos. Horrorizada vio a dos hombres. Uno alto y moreno, el otro igual de pardo pero más bajo, ambos eran delgados y vestían batas celestes que traían enlazada en sus brazos la persona más flaca que había visto en toda su

vida. Era una mujer, de larga y derruida cabellera negra, que tenía en su boca lo que pareciera una media ensangrentada. Moretones manchaban todo su cuerpo desnudo y lo peor era que estaba despierta, sin embargo, no caminaba. Sus pies descalzos se arrastraban en la tierra a medida de que los hombres la llevaban, dejando una hilerilla de sangre en la tierra del bosque. De su boca tapada un silencioso quejido se hallaba cerca de ella.

Lo poco que contenía en su estómago se le devolvió en un tibio chorro, manchando sus manos al ponerlas en la boca. <<Dios mío. ¿Qué mierda es esta?>>. Estaba consternada, el calor le envolvía en su rostro y no tenía idea de que hacer. No iba a encararlos, pero tampoco quería quedarse sin hacer nada.

Intento aclarar sus pensamientos. <<Si les saco una fotografía, quizás pueda mostrársela a sus supervisores>> pensó y lentamente comenzó a sacar su cámara fotográfica del pequeño bolsito que la contenía.

Los tipos de batas ya estaban atravesando la zona, dándole la espalda a María cuando ésta le tomo la fotografía. Un metálico sonido emergió de la cámara haciendo detener uno de los individuos.

-Espera- Dijo inmediatamente. -Me pareció escuchar algo- Murmuró el de la voz ronca, quedándose en silencio por un momento. María no veía nada, permanecía detrás del tronco apretando muy fuerte con sus manos sudadas la cámara fotográfica.

-No es nada Paul- Mencionó su compañero después de un callado minuto que pareció pasar muy lento. -Ya vámonos, aquí nos puede ver alguien. Recuerda que tenemos limpieza de la cámara 404 y bien nos dijeron que antes de que se oscurezca ya tendría que estar limpia.-. -Como sea- bufó el otro -Larguémonos de aquí-

Apenas se hubieron retirado María cogió sus cosas y, corrió como pudo de vuelta al paradero. Confusa y aterrada observó en la lejanía, que un hombre alto con bata blanca estaba parado en aquel roñoso lugar. Deteniéndose en seco, se ocultó tras unos oscuros arbustos, estudiando si aquel sujeto era de confianza. Se percató que el tren ya no estaba.

El tipo estaba mirando hacia los arboles del rededor, sin mostrar expresión alguna. No arrugaba su frente, por lo que daba a entrever que podría estar buscando a alguien o viendo simplemente la arboleada del lugar. Se hallaba erguido, serio y al igual que ella el color rojizo pigmentaba sus cabellos, siendo el del, más oscuro.

Su mirada se detuvo justo donde estaba ella y un eléctrico escalofrío le puso la piel de gallina, de inmediato supo que fue descubierta. El hombre estuvo observando el sitio completamente inmóvil pero no la llamaba, no

le daba señal alguna de que sabía de su escondite.

El extraño por fin rompió el silencio hablando con voz ronca y clara.

-De que te escondes María. ¿Así es como recibirás al principal mediador de tu título universitario? - Al no escuchar respuesta alguna, emitió un despectivo bufido y prosiguió -¿Por qué no hablas, acaso los ratones del tren te comieron la lengua?- A lo que María respondió al cabo de un minuto saliendo del arbusto, caminaba como si estuviera en arena movediza.

Su voz se entrecortaba producto de los nervios -Unos hombres allí atrás - Indicó -Se llevaron a una desahuciada mujer y hablaban de fornicarla, sobre todo uno, no recuerdo su nombre. -María recordó a la mujer -¡Dios! Que deplorable estaba-

Al sujeto pareció no causarle impresión lo que le hubo dicho y sin emitir gesto alguno le dijo. -No sé de qué habla señorita Barahona- La chica paró quedándose a unos pasos de él. -Acompáñeme y quedara al tanto de todo lo que ocurre- Pero ella le insistió - Los tipos, esos repugnantes y miser...- - ¡Silencio! - Le dijo el hombre en voz alta interrumpiéndola, luego la miro y sus ojos envolvieron los de ella. -Vendrá conmigo, y en mi oficina hablaremos más amablemente-

-¿Dónde estamos?- Le preguntó María asustada, bajando la mirada. Lo que el misterioso hombre le susurró -En el purgatorio de los malnacidos- él, le levanto la cabeza suavemente con sus manos y la escruto con fija mirada por un estático momento, luego continuó -Ahora sígame, que ya no hay vuelta atrás-. Le dijo con el índice en su mentón.

Y salieron juntos de aquella inmunda estación para adentrarse en lo funesto de todo lo vivo.

Capítulo 4

Hacia las fauces del lobo.

Caminaban por un carmesí sendero de hojas caídas. No habían hablado nada desde que emprendieron el trayecto y la angustia ennegrecía cada vez más los pensamientos de María que en medio del camino estaba exhausta por el peso de sus pertenencias. De pronto el doctor le toma los bolsos sin preguntarle, se los cuelga en su hombro y sigue su camino.

Al cabo de unos minutos, una tenue niebla baja comenzó a tapizar el suelo, haciéndose visiblemente densa a medida que se adentraban más al bosque. Noto que el doctor empezó a disminuir su marcha y la comenzaba a observar de reojo. –Una hermosa mañana ¿No es cierto?– Le pregunto aquel sujeto como si no hubiera acontecido nada entre ellos previamente. –No mucho– Le dijo ella cortante. –No me acostumbro a este clima frío. Tengo dificultad para tolerarlo.– Dicho eso, se quedaron en silencio y siguieron caminando cada uno sumergido en su mundo.

María estaba inquieta, todo en aquel lugar era nuevo. Los árboles, las pequeñas plantas, aquellas flores en forma de campana que se enroscaban en los fuertes troncos, todo aquello nunca lo había visto, estaba olvidándose de todo lo sucedido, aliviando sus temores, cuando un sórdido murmullo de lástima se introdujo en sus oídos. El rostro de aquella mujer deambuló por su mente y el pánico de nuevo tomo su lugar.

–Como verá, señorita Barahona– Le dijo el hombre sacándole de su ensueño –El bello otoño, que recién está naciendo, enfría la isla cada vez más. Suponiendo que está en sus primeras semanas, los días se irán helando progresivamente, por lo cual deberá desde ya tratar aquella situación de intolerancia al frío. Si le interesa mi opinión, pienso que su problema es netamente nervioso.

<< Usted no sabe nada de mi >> pensó mientras asentía firmemente con su cabeza, evitando mirarlo a los ojos. –Veo que no es de muchas palabras– Manifestó él con bajo tono de voz. –Lamentablemente, va a tener que cooperar. La tarea que le compete requiere de comunicación y sobre todo conmigo. Yo personalmente evaluaré sus trabajos.– Dio un profundo suspiro –Señorita, cuando uno se pone en el lado del destino, sin importar como sea este. La vida toma otro fondo, y la realidad se vuelve

diferente, quizás hasta mejor.-

De nuevo silencio. El camino se pronunciaba continuamente –Ya estamos llegando- Declaró el médico cuando frente a ellos se entre puso una alta colina. La niebla no la cubría del todo, quedando hasta la mitad de esta. Por encima del manto blanco y difuso, se podía ver un sendero bordear aquel cumulo de tierra, y más arriba, una gran bandera de Chile que brotaba de la cima.

Detrás de la enorme bandera, una muralla de piedra coronaba la colina, teniendo en sus extremos, grandes torres que al parecer eran de vigilancia. Estas la tapizaban estandartes de fondo azul oscuro con un ancla amarilla bordada en su centro.

Comenzando a subir, María sentía como se le contraían los músculos de sus piernas. Se dio cuenta de lo mucho que había caminado y de lo poco que había comido, cuando observó una mancha larga que desprendía humo de su comienzo y que estaba a punto de atravesar el horizonte. Era el tren. Sentía que con la ida de ese tren se desprendía al igual de su acostumbrada realidad.

La brisa era más fría a medida que alcanzaban la cumbre. Ya eran las doce del día y su estómago le rugía enojado, dándole a conocer que si no llegaba a obtener alimento dentro de poco, se pondría a derramar todo su escaso contenido.

El medico iba delante y ella lo observó un momento. Este tendría unos cincuenta años, alto y delgado y a pesar de llevar sus pertenencias, no mostraba señal de cansancio al subir la pendiente. Su cabello rojizo permanecía levemente rizado siendo más ígneo en el centro de su cabeza, por fuera blanquecinas canas comenzaban a asomarse. La bata le quedaba levemente apretada, resaltando una ancha espalda sin perder delgadez bajo de ella. <<Tiene pinta ser muy activo y de mantenerse en forma, vanidoso seguramente>>. Continuaron caminando así y ella no paraba de mirarlo, algo en él, era diferente a todos los demás.

Pasado el mediodía, la pronunciación comenzaba a disminuir hasta volverse plana y en la vuelta de una curva, la monstruosa muralla de unos cinco metros de alto se posó frente a ellos. El sol había salido tímidamente y nunca lo había visto tan rojizo.

Arriba en la cumbre le sorprendió constatar que estaban en el centro de toda la isla, en la zona más empinada del lugar. Sin embargo, le impacto de sobremanera observar al parecer un pueblo grisáceo, dentro de un vasto bosque. Los arboles parecían imponer respeto dentro del montón de casas, saliendo en varios lugares. A las personas no parecía importarles. El humo negro y espeso emergía en varios hogares que estaban dispuestos circularmente haciendo una ronda en rededor de cualquier

árbol. De allí arriba, vio pequeñas motitas moverse, que, seguramente eran los nativos de los que había leído antes emprender su viaje, de lo poco que alcanzo a informarse, de lo escaso que llego a encontrar. <<Era solo la punta iceberg>> concluyó <<Además era mentira. Este pueblo parece ciudad antigua>>. Se dirigió donde el doctor.

Él se hallaba frente a la gran puerta de metal encontrada en el medio de la muralla. Cuatro torres permanecían en sus lados laterales, conteniendo hombres encargados de todo lo que entre o salga del lugar. -Abran las puertas de inmediato- Ordenó el doctor y acompañado de un isí señor! múltiple pero en una sola voz, los guardias les abrieron el lugar para poder continuar.

Con las puertas abiertas hacia dentro, María atravesó aquel empedrado umbral. En las alturas los hombres comenzaron mirarla, dándole a ella la sensación de estar asechada. Poniéndose rápidamente a la par con el doctor, notó que un marcado sendero los guiaba continuamente en el medio de un campo de arena -Nunca distraiga en su camino, Señorita Barahona- Le mencionó al notar que observaba el lugar. -O puede ser lo último que haga en su escasa vida-. Fuera de la senda, un seco arenal bordeaba el lugar, viéndose pequeños agujeros negros dentro de aquel.

Más inmersos dentro de los muros un foso atravesó el trayecto, donde solo se podía continuar por medio un puente que estaba hecho de una estructura similar al mármol y era notablemente convexo en su zona alta.

Incluso en aquel lugar le pareció una de las estructuras más hermosas que había visto en mucho tiempo. El musgo cubría sus bordes desprendiendo múltiples gotas de rocío por sus hojas, estas plantas nacían en la tierra del foso y serpenteaban en su camino hasta acomodarse entre medio de las piedras. El ambiente estaba limpio, cubriéndolo suavemente una niebla liviana. Debajo, en aquel estanque verde, unos pequeños peces se movían rápidamente al ser vistos.

Al cruzarlo, en el otro extremo se pudo ver numerosos árboles delgados y muy altos. El sendero continuaba y desde allí las hojas formaban una delgada capa roja por todo el lugar.

Notó que el suelo de nuevo comenzaba a descender y observo que en un gran agujero, parecido a un gran cráter, se erguía un edificio largo y achatado, de color amarillo que estaba cubierto de numerosas ventanas pequeñas, era de tamaño agigantado, con dos enormes alas en sus laterales.

-Es un honor presentarle a usted la solución de todo lo imperfecto, la renovación del ciudadano y la erradicación de la desgracia de todo el país. Frente a usted yace el gran manicomio de Chile, uno de los más grandes que se hallan en todo el mundo.- Con marcada convicción prosiguió -Me

enorgullece ser el director y doctor general de todo lo que ve-.

Capítulo 5

Acostumbrando la mente.

Cuando hubo entrado al inmenso manicomio amarillo la atmosfera cambio de forma. Afuera el susurro del viento, la difusa luz del sol e incluso el crujir de las hojas parecían aliviar de alguna manera sus miedos. Sin embargo, dentro de aquel lúgubre lugar hasta el sonido se hallaba escondido, saliendo de vez en cuando en forma de gritos y desgarradoras suplicas que se oían seguramente en pasillos lejanos. A María se le desbancaba el corazón cada vez que las escuchaba.

El techo del vestíbulo, blanco y plano presentaba en su centro un gran candelabro dorado que a su vez contenía sobre sus patas enormes cirios níveos esperando ser iluminados. Unos sofás de cuero negro permanecían en los bordes de la habitación habiendo una mesita en el centro con pequeños candeleros dorados, que tenían unas diminutas velas de colores. La luz dorada de la tarde entraba difusa por unos angostos ventanales que bordeaban la puerta principal. Frente a esta, se encontraba la recepción donde un par de señoras de miradas agrias como leche cortada iban al pendiente detrás del recibidor de todo lo ingresado en aquel lugar.

Una era notablemente más joven que la otra. Morena de cabello castaño, rizado, y firmes labios que en ese momento iban pintados de un rojo muy oscuro. Tenía un traje gris, escotado, pareciéndole a María muy apretado. <<Buenas tardes Doctor Félix>>. Le dijo melodiosamente en una suave voz. –Buenas Tardes Susana-. Este dirigió su mirada a la otra mujer –Buenas tardes Mónica-. Y ella le respondió el saludo asintiendo con la cabeza.

La segunda mujer era baja, unas incipientes arrugas se notaban en su rostro, y sus dientes amarillentos se mostraban en unos labios levemente abiertos. –Lo necesitan en la sala de operaciones doctor. El caso número siete les está dando algunos problemas a los jóvenes internos- Cuando hubo hablado, el infierno pareció podrirse en su boca. El halito muerto emergía de sus palabras. A María le fue imposible no producir una mueca de disgusto al olerlo, una que no dejo de ver aquella mujer llamada Mónica. El doctor no pareció importarle, seguía manteniendo firme su expresión con sus labios tensos y mirada sombría. Sin embargo, un gesto de desprecio se vislumbró en sus labios.

Félix suspiró –Estúpidos. Les dije que era el caso de mayor importancia. Lo primordial- . Rápidamente le dio el equipaje de María a un guardia que

permanecía quieto en la entrada, tenía el pelo amarillento y un semblante leal al igual que un perro domesticado. Félix le dijo algo en sus oídos y luego miró fijo a María como queriendo saber que pasaba por su cabeza. –Y a ella déjala en el comedor. Tiene hambre.-

Mientras el doctor hablaba, el guardia en todo momento mantuvo su mirada baja. –¿El comedor autorizado señor?- Le preguntó con voz pausada, levantando levemente su cabeza. – ¿Qué tipo de pregunta idiota es esa?- Le respondió el doctor sin decir nada más y se retiró apresurado por uno de los tres pasillos que conectaban con el lugar. Antes de entrar por la boca del pasillo se despidió de María, volteándose y quedándose quieto un momento.

–Señorita María- Le dijo con una voz pausada. –Mañana a las diez en punto en mi oficina y no acepto retrasos. Que tenga una buena estadía- Al terminar de hablar, inclino levemente la cabeza y se retiró por completo por el pasillo oeste.

María seguía confundida. Aún no asimilaba la magnitud de los hechos, aun con la sensación constante de que un sueño la envolvía, un sueño tan verdadero como la vida real, pero a su vez tan extraño como aquellas pesadillas de su infancia. Se había quedado viendo el gran reloj que estaba sobre el mueble principal del vestíbulo, éste era de un color blanco amarillento y tenía un aspecto poroso. Cuando se dio cuenta de que eran las tres y media sintió que se desvanecía. –Necesito comer algo- mencionó en voz baja y una de la recepcionista, la más vieja hablo con su aliento del demonio.

-Alejandro, chico, ¿Qué el doctor no te ha mandado a llevar las cosas de la señorita a su habitación?- Los pequeños dedos de sus manos, arrugados como babosas tocando la sal, tamboreaban rápidamente de uno en uno la madera del mueble donde permanecían.

-E...enseguida- Le dijo con su vista clavada aún en el suelo. Susana, la más joven lo observó por un momento –Levanta esa patética mirada, que si uno mira siempre hacia abajo no cruza las murallas- Le ordenó. La tez blanca del chico se ruborizó, quedando repleto de manchitas rojizas en sus mejillas. Miró hacia el frente –Señorita María sígame por favor- Le dijo, sin responder nada al comentario de la chica.

Se llevó a María por un pasillo que iba en dirección opuesta a la del doctor, el pasillo este. El lugar estaba iluminado con aquellas luces amarillas que tanto le desagradaban. Sus grises paredes permanecían repletas de cuadros, que al verlos ella, percibía a su vez una vaga idea del tipo de lugar donde estaba enclaustrada. Los cuadros mostraban autopsias en una sala oscura, con doctores riendo y platicando frente una lámpara mal difuminada. Otro exhibía un conjunto de ancianos con trajes oscuros, blancos y fríos como una luna de invierno. Estaban sentados,

rodeando una hoguera mientras las llamas fulgían en los ojos de cada uno. El autor exagero en las pupilas, y con un negro carbón muy profundo, dotó en aquellas miradas un sinfín de secretos.

En el centro del pasillo unas puertas grises y metálicas comenzaron a ser golpeadas. – ¡Se pudrirán en su propia mierda, malnacidos!- Gritaba un hombre con voz gangosa y aguda. Entre las rejas se pudo ver su rostro y el vio el de ella, le brindo una densa mirada y la pervirtió con aquella sonrisa malintencionada. Saco su lengua que curiosamente se bifurcaba en dos y la introdujo por entre medio de las rejas que estaban a su frente. –Putita, así te lameré el sexo- María nunca había escuchado una voz como esa- Acuérdate de mí-Le dijo sonriendo con malicia.

No se había fijado en el guardia que permanecía inmovilizado con traje militar azul oscuro, hasta que él cerró rápidamente la rendija con una escotilla metálica que se plegaba en las zonas laterales. Deslizándola velozmente logró alcanzar un trozo de lengua del demente, que no había alcanzado a despegarse de la puerta y el pedazo quedo entre la puerta y la escotilla cerrada, viscoso, se enroscaba igual que un gusano decapitado.

<<Maldición, ¿Cómo permiten todo esto? ¿Qué clase de lugar es este y por qué tengo esta sensación de desapego de la realidad?>> Estaba asustada, pétrea viendo aquella imagen.

-¡Hijo de perra!- Parecía gritar gutural e inentendible por dentro de aquel cuarto. Aun con la voz amortiguada María se sentía desfallecer. – Señorita Barahona- Dijo el recepcionista, devolviéndose. Al parecer había continuado sin ella y no había notado su ausencia. –No descuide de su camino- Le dijo, mientras le daba empujoncitos en la espalda.

–La cámara- María no pensó, solo lo dijo. –Dámela, la tienes colgada en tu hombro-. El chico se negó –Pero señorita la esperan en el comedor-. Le decía nervioso con voz apresurada. –No me iré hasta que me des la cámara ¡Entrégamela!-.

El, inseguro, se la entrego lentamente, mirándola en todo momento. María la encendió y la coloco frente sus ojos, enfocándola hacia donde permanecía aún el resto de carne del desquiciado hombre. Tomo una fotografía. Se podía ver el cuarto con murallas desgastadas, la puerta con la lengua entre la rendija, bordeando con sangre la esquina de esta. Igual mostraba el gran guardia que protegía cauteloso aquel oscuro pasillo. El flash captó su mirada inexpresiva, de vista ausente, de escasos pestaños.

Aún tenía la cámara frente sus ojos siendo que la fotografía ya había sido tomada. Dos imágenes ya había capturado en la isla, y las dos tenían un patrón en común. Sufrimiento. << Este lugar consume tus emociones>>.-

Se nos hace tarde señorita. Sera mejor que me siga, vamos.- Esta vez el recepcionista mantuvo una postura forzosamente autoritaria.

María solo se limitó a seguirlo.

Siguieron caminando por aquel largo pasillo mal iluminado, repleto de celdas junto a guardias de uniformes oscuros con sus manos enguantadas y sosteniendo aquellas armas metálicas y frías, en la misma postura frente la única misión: Contener.

Se dio entonces cuenta María de que los individuos que permanecían encerrados en aquellas deploradas condiciones con tantos refuerzos y tratadas con tanto desprecio, eran personas muy peligrosas. Una puerta metálica con dos guardias en los bordes corto su camino.

Estos vestían un traje verde oscuro. Estaban charlando pero cuando los tomaron una postura firme. Uno que llevaba guantes verdes les pregunto que pretendían. –Llevo a la señorita al comedor autorizado.- Les dijo Alejandro. Los guardias no hicieron nada, no se movieron, no hablaron. –Órdenes del Medico Mayor – Ambos los observaron por un buen momento, memorizando sus rostros para nunca olvidarlo. Un guardia nunca olvida. Al cabo de unos minutos, asintieron y abrieron las puertas.

Lo primero que vio María fue una larga mesa de madera, muy pulida y cuidada. Había mujeres en la habitación que caminaban de aquí hacia allá deteniéndose solo para retirar o entregar comidas. Una bella dama, al parecer doctora, estaba sentada en uno de los extremos de la mesa. La copa de vino tinto en su derecha y los servicios a la izquierda.

Sus cabellos rubios y su piel de blanca porcelana hicieron que María se cohibiera. Ella estaba sucia, su cara manchada, la nariz con olor a sangre y la mente contaminada. Alejandro se adelantó con sus bolsos y le enseñó el lugar donde tenía que sentarse. –Ya vendrán a dejarle una ración Señorita.- Ella no le prestaba mucha atención, se había puesto a observar el gran cuadro que reposaba en la pared frente de ella. Ocupaba casi la totalidad de la muralla y su calidad era exquisita. Tenía enmarcada una gran iglesia azul marina pequeña y con un techo muy inclinado. Albergaba solo dos ventanas en los lados de una gran puerta abierta. Dentro se veían largas silla enfiladas y en el centro un sujeto arrodillado sobre una extensa alfombra roja, suplicando de espalda con la cabeza extendida. Fuera de la iglesia en lo que parecía un jardín se hallaba la figura de Jesús sufriente y atrás, como fondo un bosque se reposaba bajo un cielo gris.

-Extravagante ¿No? - Le dijo la mujer que había visto al entrar. Al mirarla, aquellos ojos de barniz parecían incrustarse opresivamente en su mirada. –La verdad, mucho- Respondió María –Nunca había visto algo similar-

-Pues vete acostumbrando- Le dijo la mujer haciendo una pausa al masticar la comida. -Aquí hay todo tipo de cuadros y la verdad es que no se cual es más extraño- Miraba el cuchillo mientras decía sus últimas palabras.

-Son muy bellos- Dijo de pronto María. La doctora la miro indiferente.- - ¿Bellos? a mí me parecen repugnantes. Ya de por si estamos en un lugar devastado ¿Cuál es el afán de siniestrar más el ambiente?

-Yo diría que...- De la nada una alarma comenzó a sonar estrepitosamente y la doctora al inmediato se levantó de su asiento, dejando inacabado aquel guiso que tenía por comida. -Disculpa- Se excusó -Tengo que irme- Le dijo mientras caminaba erguida limpiándose la boca, salió por donde había entrado María.

Un momento después de haberse quedado sola una chica muy alta entró por una puerta que albergaba un cartel diciendo personal autorizado. Al parecer era muy joven, dieciocho años si no es que menos. Su rostro pálido hacía que sus cabellos negros parecieran carbón apagado y cuando le dejo la ración noto sus largos y escuálidos dedos. La mano le temblaba mientras descendía hacia la mesa. -Con su permiso- Le dijo temerosa. <<Es más joven de lo que parece>> Se dio cuenta al verla detenidamente. Tan pronto como le hubo dejado la comida, se retiró a pasos torpes y rápidos.

Su comida consistía en una sopa blanquecina con gotitas de aceite que se desprendían de un pollo mal cocido e iba acompañado de un arroz blando que al verlo con la cuchara de cerca se parecía más a una mazamorra. Cuando probó aquel caldo, aparte de ser desabrido, estaba frío. Sin embargo, el hambre no discriminaba y ella tenía demasiado. En ese momento no importó el mal aspecto que mostraba o lo horrendo que sabía en su boca, ella terminó de comérselo de todas formas.

Sola, viendo aquel cuadro devoró sin disimulo su plato. Se preguntaba si las cosas, paisajes o personas en realidad existían. <<Es cierto que las obras de arte se hallan en los lugares recónditos a la ausencia de aquellas desgastadoras miradas >>

Las ganas de fumar se encendieron al estar satisfecha. Quería apaciguar aquella hinchazón con buenas bocanadas de humo, liberar sus pensamientos y frustraciones con cada exhalada, quería ser el humo del cigarrillo, desvanecerse para salir de aquel lugar.

Alejandro no se encontraba en la habitación y en la mesa solo ella ocupaba un lugar. No había entrado ninguna sirvienta desde la chica flaca que le hubo entregado la comida y al cabo de estar un momento solo

pensando en donde ir, una extraña sensación la comenzó a acosar. Al principio le pareció estar levitando <<Mi deseo se cumplió, soy el humo del cigarrillo>> pensaba mientras la euforia nacía dentro de ella. La vista se le comenzó a nublar y al mover la cabeza de un lado a otro la imagen se ralentizaba. Vio que alguien entraba de una tercera puerta que se hallaba en la habitación.

-Señorita María- Era Alejandro, no lo pudo observar bien ni siquiera de cerca pero al escucharlo supo que era él, todo estaba difuso. -Ya es la hora- Le dijo con esa aguda y temblorosa voz.

-Madre- Solo se limitó decir María -Madre cántame espanta cucos entre tus brazos y abre esos dedos que encierran mi tranquilidad- Al llegar a la salida vio tres puertas. Iba a cruzar por tres entradas y sentía que debía escoger una. Lo necesitaba inmensamente. - << ¿Cuándo aparecieron estas puertas?>>- Se preguntaba. Alejandro de pronto la tomo de la mano, tenía las suyas abrigadas. -Vamos. Su habitación le aguarda>> - Le dijo calmadamente.

-Por la derecha, vámonos por ese camino-. Le indico dificultosamente María con el índice de su mano solitaria. -¿Cuál camino derecho si solo hay uno?- Le preguntó Alejandro extrañado. -Ah- Dijo de pronto acordándose de algo. -El derecho.-. -Bien- Asintió con la cabeza -Pues vámonos, fíjese que es justo por allí donde se encuentra su habitación-.

Cuando atravesaron la puerta escuchó fuertes gritos. Las luces colgadas estaban separadas una de las otras por largas distancias y solo alumbraban las puertas que contenían aquellas desgarradas almas. María veía cegador el brillo de la luz y apenas se daba cuenta por donde caminaba. Sentía que en la oscuridad alguien la observaba.

<<Ya casi llegamos>> Le dijo Alejandro cuando hubieron atravesado otra puerta, al igual que la del comedor tenía dos guardias en sus lados laterales.

Llegaron a un gran salón muy rustico con una chimenea en su centro, el aire cálido, el suelo y paredes de madera, su atmosfera que lograba ser casi acogedora, desencajaban completamente con el resto del edificio. En el estado que se encontraba quedo maravillada.

Al salón lo conectaban una multitud de pasillos que estaban cubiertos por largas alfombras de oscuro carmesí. Alejandro la llevaba por el pasillo del centro donde aún allí habían cuadros, bajo o sobre los farolitos amarillos con velas blancas. Se detuvieron al final del pasillo. -Habitación 404- Le dijo el guardia a María. Era ahí donde se iba a quedar. Allí permanecería dos meses o por lo menos eso creía ella. Solo esperaba, aun en ese estado de desfallecimiento, de inconciencia, de volatilidad. Solo deseaba que por lo menos eso, fuera cierto. Que después de un tiempo pudiera

abandonar este maldito lugar del infierno.

El mundo de a poco comenzó a desaparecer, todo se volvió negro no pudiendo diferenciar nada a su alrededor. Solo sintió que la acostaban, que iba a dormir sin saber si sus parpados se encontraban abiertos o cerrados y al cabo de un momento cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Capítulo 6

Borrón y cuenta nueva.

Un tren eclipsaba a un rojizo sol en el horizonte. –Bienvenida Señorita María- Le decía el doctor con la firme mano apretando su hombro. De pronto se halló sobre la punta de un acantilado sumergida en medio del vasto mar, allí arriba rápidas ráfagas hacían danzar sus cabellos colorados. –Yo no quiero estar aquí- Sintió haberle dicho ella con angustia en sus palabras. –Juguemos un poco más María- Susurró el doctor mientras bajaba su mano hacia su espalda. –Atenta, que esto está recién comenzando-. Y de pronto él la empujó y ella cayó hacia el vacío pero esta vez, se dejó llevar. Las piedras se avecinaban y ella extendía sus brazos, como si fuera a abrasarlas. Las duras rocas cada vez se encontraban más cerca de golpearle y ella solo se limitó a cerrar sus ojos, cuando reventó contra el suelo su mente al igual se desparramó, en una nube burbujeante, como el fondo de una botella de champagne.

Cuando se hubo formado una imagen nítida se pudo observar dentro de un auto, cuan real se veía todo. Estaba recordando. Iba de camino a su casa después de su reunión de despedida. Ella manejaba y sus amigos la acompañaban, se veían felices, todos en el automóvil. <<Esto solo ocurrió hace un par de días >> Se cuestionó de pronto, inquieta. << ¿Por qué lo siento tan distante?>>. Las luces de los autos que venían frente a ella deslumbraban desenfocándose cada vez que se cruzaban, colores anaranjados, rojos y amarillos se veían como burbujas pigmentadas.

-Mari, Marita.- Le decía Robín. Aquel chico que tanto le gustaba. – Eres mi ángel ¿Lo sabes, cierto?- Ella solo se ruborizó al igual que una granada partida. –Mi ángel bueno y malo a la vez.- Le mencionó de cerca, mirándola con aquellos ojos gatunos y no pudo despegarse de su mirada. –Qué cosas me haces hacer mi dulce tentación-. Le susurró acercándose a ella. –Despierta para luchar y nunca olvidar- Concluyó y ella lentamente comenzó a vislumbrar un techo marrón, de madera clara y oscura que iban intercaladas. Había despertado.

Permanecía acostada en una pequeña habitación muy abrigada. Una ventana se hallaba en la parte lateral de cama y por dicha ventana, en su parte superior, donde estaba abierta entraba una suave y helada brisa matinal. Frente a María había un reloj colgado en la pared. <<Las 8:23>>. Se exaltó, sentía que había dormido bastante. Una sensación de haber tenido interminables sueños la envolvía pero no lograba recordar ninguno. Tampoco logró acordarse de lo que había sucedido el día anterior, muchos hechos ocurridos se escondían en las penumbras de sus pensamientos. << ¿Por qué?>> Se preguntaba cerrando sus ojos opresivamente. << ¿Por qué, por qué... por qué? >> << ¿Dónde diablos

estoy?>>.

Se preguntaba confundida mientras caminaba hacia el baño. Este se encontraba en lado izquierdo de la cama, permanecía sumamente frío, contrariando la habitación donde hubo dormido, el aroma a lavanda perfumaba el lugar. Se observó. Su piel acaramelada estaba manchada, sus cabellos pegados al rostro y sus labios hinchados como los suele tener al despertar. Se comenzó a quitar la ropa. Aquella camisa blanca estaba sucia y sentía que estaba íntimamente adherida a la piel. Luego cuando se desprendía de su ropa interior se preguntaba quien le había quitado la demás prendas y como no hubo de sentir nada. <<Manos suaves, sin duda alguna>>.

Se sorprendió de lo delgada que estaba. Le parecía que unas bolsas cubrían sus ojos y oscurecían su alrededor. La angustia la consumía, se veía como si hubiera estado semanas encerrada durmiendo sin comer. De pronto se acordó del tren. <<Estoy en una isla >> Se dijo mirándose en el espejo.

Abrió la el grifo de la bañera que daba el agua caliente, le pareció que un baño aclararía sus inquietudes, además de sentirse limpia nuevamente.

Cuando hubo entrado, de a poco se comenzó a sumergir en aquel manto líquido. Su cuerpo estaba helado pero el agua la abrasaba, sintiendo placer y tranquilidad. Estuvo un buen momento con sus ojos cerrados y vagas imágenes se le cruzaban, como espectros ambulantes. Rostros, lugares, arboles, el canto de las aves, el espanto reflejado en una mirada... Diversas sensaciones le iban emanando, pero no pudo unir aquel complicado rompecabezas.

Saliendo de la ducha, al llegar a la habitación no se había fijado que, en el mueble bajo el reloj, donde se hallaban sus prendas guardadas. Permanecía reposada una carta. Ella la leyó.<<Deseando que haya tenido un buen despertar, no se olvide que tiene una cita en mi oficina a las diez de la mañana, pregunte a los guardias antes de salir del internado, ellos la llevaran. No admito retrasos. Félix Reazal >>. No tenía idea quien era Felix Reazal pero algo le decía que él le despejaría las dudas.

Se abrigó con una chaqueta negra de algodón y unos guantes del mismo color. Se amarró su cabello rojizo en una cola larga y lisa. Luego se puso unas medias y sobre ellas un pantalón de tela. No encontraba sus zapatos. Estos no estaban en aquel mueble si no dentro de una repisa que tenía sobre si un candelero con una vela. Sacó unos con tacos altos, oscuros y brillantes y termino de asearse. Ya eran las nueve veinticinco y

salía de su pequeña habitación.

Caminaba con sus brazos entrelazado por el angosto pasillo, iluminado solo por un ventanal en el comienzo de este. Llego a una especie de sala donde anexaba varios pasillos, siendo cuatro en total. Dentro de la sala se hallaban dos hombres con batas blancas conversando mientras un denso aroma a café impregnaba el lugar. Estaban sentados frente a una chimenea que crispaba tímidamente. Cuando se asomó a ella, uno la miro y el otro volteó para hacerlo. –Buenos días- Dijo María nerviosa con una leve inclinación de cabeza, ellos no respondieron, solo se limitaron a observarla con aquellas miradas vacías. Cruzo la sala incomoda y quiso abrir la puerta para salir, ésta estaba cerrada y ella golpeó. Cuando la abrieron, dos personas muy altas con trajes de militar la escrutaron por un momento. –¿Dónde vas y que motivos tienes?- Le dijo uno que María al observar mejor se dio cuenta que era una mujer. –Tengo una cita con el Doctor Félix a las diez en su oficina-. Le respondió en voz baja, estirándole la mano con la carta.

-Así que eres tú, sígueme- Mencionó la robusta mujer, en sus ojos se vio una pizca de reconocimiento. Tenía la espalda ancha e iba rapada. – Eres la chica que todos hablan- De pronto le tomo el brazo mientras caminaban y lo escrutó –Poca masa muscular, baja estatura, aquel pusilánime semblante, bah -Soltó un bufido. –No eres lo que creía, tendrás que esforzarte mucho para lograr no quedar más loca que estos malditos- Se acercó lentamente a ella con mirada acechante, María no tenía idea de lo que hablaba – No me mires así, ¿O crees que todos los dementes de aquí vienen de fuera?- Permanecieron un momento dentro de un incómodo silencio. Ella prosiguió. –Créeme cuando te digo que este lugar es como una enfermedad. Una que destruye tus sentidos y tergiversa la realidad. Estate atenta María.-

Estaban cruzando el lugar por donde le arrancaron la lengua a aquel desquiciado y el suelo se hallaba limpio y las paredes incoloras. María no logro recordar nada. Las luces seguían encendidas con aquella opaca luz artificial, allí no había ventanas, solo cuadros plasmados en las paredes. Numerosos guardias permanecían en cada puerta, resguardándola una a una sin descansar.

Casi terminando aquella larga sala, se oyeron gritos lastimosos y suplicantes. Se oía que alguien hablaba pero muy bajo como para poder identificar que decía. Seguramente eran los doctores dando instrucciones y haciendo de las suyas << ¿Quiénes están gritando? >> Se preguntó inquieta en su mente sin atreverse a hablar. A esas horas de la mañana se veía mucha actividad médica. Sujetos con batas salían de vez en cuando por algunas puertas, sosteniendo un portafolio con la cabeza erguida siempre mirando hacia al frente, sin embargo cuando ella pasaba, la

observaban indisimuladamente.

Llegaron al vestíbulo y allí se hallaban dos mujeres, luego entraron por la zona oeste del edificio. Una sala grande y espaciosa que estaba cerrada por una gran puerta de metal fue lo primero que cruzaron, por medio de ventanitas transparente se observaban personas comiendo de una manera extraña, no natural. En aquella puerta había numerosos guardias robustos y expresivos como una roca.

El pasillo oeste si tenía ventanas que daban al exterior, pudiéndose observar fuera de este un jardín repleto de flores. Se vislumbraba un cielo celeste que se hallaba despejado y el aroma a pino se colaba embriagante por las aberturas de las ventanas.

El pasillo oeste terminaba en una puerta de madera oscura que tenía una chapita dorada muy reluciente en la parte superior, también allí comenzaba otro pasillo hacia el sur, oscuro y sin lámparas, se iluminaba solo por las luces tenues que traspasaban las ventanas de las puertas.

María comenzó a observar bien el fondo de ese pasillo, algo en su centro le llamaba la atención. Logro ver una silueta que se asemejaba a la de un hombre, muy difusa, se movía en ciertos momentos. Cuando se acercaba a las luces que salían de las puertas, la sombra no se iluminaba, se veía igual de oscura, inerte como la muerte. A María le produjo un pánico inexplicable verla. Sus manos eran más grandes de lo normal pareciendo garras que tocaban sus rodillas. El tenue ambiente era negro, pero la silueta era más densa que este, densa y acuosa a la vez, era algo sustancial, no tangible. O al menos así ella lo sentía.

-¿Qué hace el allí?- Pregunto asustada a la guardia. -¿Quién él? Le respondió ella con una sonrisa burlona. María vio...allí no había nadie. Su palpitar se comenzó a sentir más rápido. -Olvídalo, creo que lo he imaginado- le dijo pero dentro de sí, en el manantial de su mente sabía que no era así, allí, algo había.

-Bueno María, aquí está la recepción del doctor general. Siéntete afortunada de entrar, ya que son muy pocos los capacitados para hacerlo.- Era la única puerta sin guardias, su madera resplandecía, la perilla era de cristal. -Ábrela tú, yo ya cumplí mi objetivo.- Le dijo la robusta mujer, alejándose por el pasillo sur. María palpo la perilla, exhalo un suspiro y se dispuso a entrar.-

Capítulo 7

El trato

Por dentro de la habitación una chimenea de ladrillos rojos permanecía encendida, el sitio era grande, una mesa con varias sillas se encontraba sobre una gran alfombra carmesí, numerosos candelabros se hallaban apagados y enormes cuadros cubrían la pared. Frente al fogón dos sillas se encontraban frente a frente separadas por una baja mesa de centro teniendo sobre si dos copas con un líquido rojo y denso. La única fuente de luz provenía de la chimenea.

Sobre una silla se hallaba sentado un hombre, esbelto y silencioso. Su cabello rojo, rizado flameaba como las llamas de la chimenea, su piel blanca hacía notar sus azules venas que sobresalían como pequeños túneles. Llevaba puesto un chaleco gris de manga corta y un pantalón negro un poco ajustado a sus piernas. Estaba fumando tabaco en una gran pipa con forma de serpiente, donde depositaba las hojas sobre la coronilla del animal.

-Muy puntual Señorita María- Le dijo, cuando ella se hubo acercado lo suficiente. -Venga, tome asiento-. Ella se sentó frente a él. -¿Quién es usted?-. Le pregunto María con incertidumbre. -Tengo muchos nombres, pero usted me puede llamar Félix, por ahora solo basta con que sepa que soy el doctor general de este lugar, además de ser la mayor autoridad-. ¿- Porque no recuerdo como llegue hacia aquí?-. Félix dio una gran bocanada a su pipa e hizo emerger el humo por las narices, como una cascada blanca y vaporizada. -Tuvo un accidente Señorita. Llevó aproximadamente dos días para que despertara, mi ayudante Ángela la estuvo asistiendo mientras usted se recuperaba. - ¿Un accidente?- Cuestionó María escéptica. -Hubiera recordado algo o al despertar sentiría dolor. ¿Dónde me golpee, que ni rastros de herida tengo?.

El doctor la miro inquisitivamente, con el dedo índice en sus labios. -Fue algo muy confuso, Alejandro, la persona que la hubo acompañado me relato que se hubo ausentado un momento para que usted comiera y en el momento que regreso la encontró tumbada en el piso, mirando hacia arriba y balbuceando incoherencias.- Un leve aleteo en la comisura de sus labios se vislumbró frente a las llamas. -Llamaba a su madre en una embriagante angustia y menciono el nombre de Robín-. <<Despierta para luchar y nunca olvidar>> María recordó parte de su sueño. -Si se palpa la zona posterior de su cabeza, seguramente notara dolor alguno.-. Ella lo hizo, se tocó y un umbral de dolor se propago por toda su sien. Al ver la expresión de María el doctor le hablo - ¿Duele cierto? Es probable que al

pasar las horas le duela más, y si no hubo de sentir nada antes fue por los analgésicos que le estuvimos administrando. ¿No se dio cuenta? . Ah, Ángela manitos de ángel, esa mujer, la que tanto la hubo cuidado estos dos días aunque quisiera golpear lo único que lograría sería una caricia. ¿Conmover no? .